ID, PUES, Y HACED DISCÍPULOS

(Mt 28,19)

Carta Pastoral de

Mons. Juan Antonio Reig Pla

Obispo de Alcalá de Henares

Septiembre 2017

ID, PUES, Y HACED DISCÍPULOS
(Mt 28,19)

Carta Pastoral de
Mons. Juan Antonio Reig Pla
Obispo de Alcalá de Henares

Septiembre 2017

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN **5**

I. VERDADERAMENTE LIBRES EN UNA IGLESIA HABITABLE **9**
1. ¿Es habitable la Iglesia? 9
2. La herida del pecado y la redención 10
3. Un nuevo Génesis: la redención del corazón 11
4. La Iglesia: lugar de vida y libertad 12
5. La lógica del espíritu y la auténtica libertad 14
6. Cristo, icono de la libertad 15
7. El bien espiritual en la jerarquía de los bienes 16

II. ID, PUES, Y HACED DISCÍPULOS (Mt 28,19) **18**
1. El Espíritu guía la misión 20
2. El Espíritu hace misionera a toda la Iglesia 21
3. La primera forma de evangelización es el testimonio 21
4. El primer anuncio de Cristo Salvador 22
5. Conversión y Bautismo 23

III. TODO EL PUEBLO DE DIOS ANUNCIA EL EVANGELIO **26**
1. Todos somos discípulos misioneros 26
2. Una evangelización para la profundización del Kerygma 28
3. Una catequesis kerygmática y mistagógica 29

IV. PARA AFRONTAR EL NUEVO CURSO PASTORAL **32**
1. La iniciación cristiana 33
2. La Pastoral familiar 34
3. Pastoral de infancia y juventud 35

V. UNA RESPUESTA INTEGRAL **37**

VI. CONCLUSIÓN **40**

INTRODUCCIÓN

Comenzamos un nuevo Año Pastoral en el que todavía resuenan los ecos de las celebraciones del XXV aniversario de la restauración de la diócesis, el regalo del Jubileo de la Misericordia y las efemérides relacionadas con el quinto centenario de la muerte del Siervo de Dios, el Cardenal Cisneros.

Junto a estos acontecimientos extraordinarios, la vida de la diócesis ha transcurrido su curso normal con el propósito de revitalizar nuestras comunidades cristianas, procurar la formación de los laicos y recuperar la dimensión misionera de toda nuestra diócesis. En este sentido hemos de agradecer la creación del Seminario *Redemptoris Mater* que, con la ayuda de Dios, nos ayudará a completar la misión "ad gentes" de nuestra querida diócesis complutense.

Comenzamos este curso pastoral introduciendo la creación de las Vicarías territoriales. Es un nuevo intento de aproximar la relación entre los arciprestazgos, para crecer, Dios lo quiera, en la mejor atención a los sacerdotes y en la creación de plataformas más cercanas para desarrollar el trabajo pastoral y de evangelización. Mi corazón se siente agradecido ante la disponibilidad que, tanto los antiguos como los nuevos vicarios, habéis ofrecido para el cuidado pastoral de nuestra Iglesia. Lo mismo tengo que decir de la renovación de algunas delegaciones y de cuantos cambios se han operado para este nuevo curso. Que el Señor os pague vuestro trabajo a todos, con la certeza de que vuestro obispo os mira a todos, sacerdotes, religiosos y laicos, con un cariño especial que lo reconozco como don de Dios.

En las reflexiones que os ofrezco a continuación hay que distinguir tres momentos. En primer lugar os ofrezco una reflexión sobre la Iglesia como lugar habitable y sobre la verdadera libertad. A continuación os presento una selección de textos del Papa San Juan Pablo II y el Papa Francisco en relación al título de este escrito: "Id, pues, y haced discípulos". Con ello se pretende avalar con la voz

autorizada de los sucesores de Pedro el trabajo de este curso que estará centrado en la iniciación cristiana y en la formación del discipulado.

En la última parte ofrezco una enumeración de aquellas cuestiones pastorales que, como hablamos en el Consejo de Presbiterio, ocuparán todo el trayecto de esta nueva etapa pastoral. Me refiero en primer lugar al estudio sosegado del Documento "*Los fundamentos teológicos y pastorales de la iniciación cristiana*". Sin tomar una conciencia clara de todo lo que supone en estos momentos la gestación de nuevos cristianos, no podemos avanzar unas directrices serias sobre las exigencias de una renovada iniciación cristiana.

Para la promoción de la Pastoral Familiar contaremos con los documentos "*Los nuevos retos de la Pastoral Familiar*" y "*Edificar la Iglesia doméstica*". Contaremos también con la presentación del libro de la socióloga alemana Gabriele Kuby "*La revolución sexual global: La destrucción de la libertad en nombre de la libertad*".

Unidos a ambos temas, no podemos olvidar la atención a los adolescentes y jóvenes en el ámbito catequético y formativo. Para ello tendremos que profundizar juntos en la pastoral de infancia, adolescencia y juvenil, sin descuidar la pastoral universitaria. Todos estos temas son de profundo calado y no pueden reducirse a un solo curso. Por eso iniciamos un camino de renovación que, sin descuidar la formación de un laicado misionero, nos ha de conducir con el tiempo necesario a ofrecer una respuesta más lúcida a las exigencias de la evangelización.

La pastoral de la Caridad y la atención a las personas heridas en los centros de Cáritas, Casa de Acogida San Juan Pablo II, Centro de Orientación Familiar, Pastoral penitenciaria y las propuestas caritativas de las Hermandades y Cofradías, deben continuar su curso normal. Todas ellas deben estar alentadas por el amor a Cristo, presente de manera especial en los más pobres, y con la propuesta del evangelio que viene a remediar la principal pobreza: el

desconocimiento de Dios y la pérdida del sentido de pertenencia a su familia que es la Iglesia.

En el nuevo curso pastoral se van a celebrar también algunos aniversarios importantes: los veinticinco años de la Carta encíclica de San Juan Pablo II *Veritatis Splendor* y los cincuenta años de la Encíclica del Beato Pablo VI *Humanae Vitae*. Ambas son de gran interés para discernir el momento presente y su estudio nos hará volver la mirada sobre dos momentos decisivos del magisterio.

También en el mes de marzo de 2018 celebraremos los cuatrocientos cincuenta años de la reversión de las reliquias de los Santos Niños. Como hemos recordado tantas veces, nunca hubo mayor alegría y más grandes fiestas en Alcalá de Henares que en aquella ocasión. Con mirada agradecida celebraremos, pues, este acontecimiento tan relevante.

Os animo a todos a comenzar este nuevo curso con renovado entusiasmo. Unidos a nuestros fieles laicos, cuidaremos nuestro Instituto de Teología que inaugura también este año la Formación a distancia dependiente del Instituto de Ciencias Religiosas y formación *on line* de San Dámaso. Del mismo modo cuidaremos la presencia de laicos en las distintas escuelas: Liturgia, Catequesis, Evangelización, Pontificio Instituto Juan Pablo II, Escuelas de Padres, formación del Profesorado de Religión, etc. También se ofrecerán durante este año, además de las secciones del Instituto Teológico en Alcalá, Arganda y San Fernando de Henares, una Introducción a la Doctrina Social de la Iglesia con la ayuda del Profesorado de San Dámaso.

De manera particular hemos de activar nuestro amor por los Seminarios de la diócesis y por la Pastoral Vocacional. El Seminario Menor continuará su andadura atendiendo a los muchachos en convivencias continuas respetando que vivan en sus casas. El Seminario Mayor de los Santos Niños Justo y Pastor será el encargado de coordinar la Pastoral Vocacional de la diócesis, siendo el Rector el

Delegado para las vocaciones. El Seminario Diocesano y Misionero *Redemptoris Mater* ocupará las dependencias del Seminario Menor para promover el conocimiento mutuo entre todos los seminaristas y favorecer la comunión entre ellos, sabiendo que forman un único presbiterio diocesano.

Todo ello lo podremos conseguir si acrecentamos el espíritu de oración, tanto en los niños, a través de los oratorios, como en los jóvenes y adultos a través de los retiros, ejercicios espirituales, encuentros de oración, iniciación a la Liturgia de la Horas, pautas de oración familiar, etc.

Comencemos pues este nuevo curso bajo la protección de los Santos Niños y la intercesión maternal de la Virgen María.

I. VERDADERAMENTE LIBRES EN UNA IGLESIA HABITABLE

Como ha ocurrido en todas las épocas de la Iglesia, y más en los momentos de incertidumbre y ambigüedad, los caminos de renovación de la vida cristiana se han iniciado con la vuelta a los orígenes, con volver la mirada a Cristo y a los primeros cristianos. Así lo expresaba el Papa San Juan Pablo II en su Encíclica programática *Redemptor Hominis:* "El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús" (*Redemptor Hominis*, 10).

1. ¿Es habitable la Iglesia?

Es frecuente encontrar personas que rechazan a la Iglesia porque tienen sobre ella una mirada distorsionada por las ideologías y por las propias debilidades y pecados de los que hemos sido bautizados y llamados, por tanto, a una vida de santidad en el seguimiento de Cristo. La Iglesia, suele decirse, es una institución humana en la que no se puede vivir, no es un lugar habitable porque su propuesta, fundamentalmente la propuesta moral, además de ser impracticable, anula la libertad y quita el gusto y el placer de la vida. Es una crítica que, aunque desconoce la verdadera vida cristiana, nos debe hacer pensar. Es una crítica que contrasta con lo que se decía de los primeros cristianos: "Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la unión fraterna, en la fracción del pan y en la oración. Todos estaban impresionados ante los prodigios y señales que hacían los apóstoles. Todos los creyentes vivían unidos […] alabando a Dios y gozando del favor de todo el pueblo (Hech 2,42-43.47). "Los apóstoles daban testimonio con toda firmeza de la resurrección de Jesús, el Señor. Y todos gozaban de gran simpatía" (Ibid. 4,33).

Sin idealizar la comunidad de los primeros cristianos, hemos de reconocer que necesitamos activar, con la gracia de Dios, el espíritu de conversión que nos lleve a una purificación de la Iglesia. Hemos de poder decir como Jesús ante la pregunta de los primeros discípulos –Maestro, ¿dónde moras?– *Venid y lo veréis* (Jn 1,39). La misión en la Iglesia, en efecto, aun antes de ser acción es testimonio e irradiación (*Redemptoris Missio*, 26). Necesitamos, como hemos dicho tantas veces, reconstruir con la gracia de Cristo el *sujeto cristiano* a quien se confía la misión. Con la expresión sujeto cristiano nos referimos a cada bautizado llamado a vivir en Cristo, a las familias cristianas y la comunidad cristiana, de tal forma que podamos ofrecer la gracia del testimonio y hacer visible y creíble la habitabilidad de la Iglesia: ¡Venid y lo veréis!

2. La herida del pecado y la redención

La Iglesia es habitable y hace habitable el mundo si manifiesta los frutos de la redención. En definitiva, la sabiduría de la fe nos enseña que el hombre está herido por el pecado original, por nuestros propios pecados y por el pecado del mundo. Sin la redención, todos los deseos humanos y todo cuanto se proyecta como desarrollo en la sociedad participa de la herida del pecado. Así lo expresaba Benedicto XVI en su Encíclica *Caritas in Veritate*: "A veces el hombre moderno tiene la errónea convicción de ser el único autor de sí mismo, de su vida y de la sociedad. Es una presunción fruto de la cerrazón egoísta en sí mismo, que procede –por decirlo con una expresión creyente– del pecado de los orígenes. La sabiduría de la Iglesia ha invitado siempre a no olvidar la realidad del pecado original, ni siquiera en la interpretación de los fenómenos sociales y en la construcción de la sociedad: Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la creación, de la política, de la acción social y de las costumbres" (*Caritas in Veritate*, 34).

Sin eliminar la raíz del pecado, ni el mundo es habitable ni lo es tampoco la Iglesia. La razón es clara: el pecado curva al hombre

sobre sí mismo, hace que impere el egoísmo y domine el hombre viejo llevado por la concupiscencia. Los frutos, que nacen de un corazón no redimido son descritos por Jesús (Mc 7,21-33) y por San Pablo en varias ocasiones (Rm 1,24 ss; 1 Cor 6,9-11; Gal 5,19-21), y esos malos frutos evidencian la necesidad de la redención. Es por eso que San Juan Pablo II nos invitaba a volver la mirada a Cristo Redentor, ya que sólo en Él y en su acción redentora el hombre puede comprenderse hasta el fondo a sí mismo y asimilar toda la realidad de la Encarnación y la Redención.

3. Un nuevo Génesis: la redención del corazón

Cuando hablamos de la Encarnación –"por la que el Hijo del Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre" (Conc. Vat. II, *Gaudium et Spes*, 22)– y cuando hablamos de la Redención de Cristo, estamos hablando de un nuevo Génesis, de una nueva creación que se manifiesta en todo su esplendor en la Resurrección de Jesucristo. Si Dios creador podía decir que cuanto había creado era bueno (Gn 1) porque estaba vinculado a su Sabiduría y Amor, ahora, después del pecado que suplanta el orden de la creación, se puede decir que todo lo redimido en la carne de Cristo queda de nuevo vinculado a su Amor y Sabiduría. ¡El hombre es de nuevo creado!, exclama San Juan Pablo II (*Redemptor hominis*, 10), y con este nuevo Génesis, que nos alcanza en el Bautismo, se hace posible la redención del corazón. De nuevo el hombre queda curado de la herida del pecado, renovado en su interior y santificado, es decir, capacitado para amar a Dios y a los demás.

Con el lenguaje del Concilio Vaticano II volvemos a repetir una vez más que Cristo, El Verbo encarnado, revela al hombre el misterio del hombre y le descubre la sublimidad de su vocación (*Gaudium et Spes*, 22). La vocación del hombre –varón y mujer– creado a imagen y semejanza de Dios es vocación al amor. Esta es su vocación originaria que Cristo desvela en el icono de la cruz y que renueva al hombre con la redención del corazón. Sólo el amor –la ágape divina– hace habitable a la Iglesia y por ella se hace habitable el mundo. De este

modo comprendemos en toda su realidad la dimensión humana de la redención: la justicia divina, participada; el perdón de los pecados y la renovación interior que faculta al hombre para el don de sí, para el amor. Por eso San Juan Pablo II nos regaló estas luminosas palabras: "El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incompresible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es –si se puede expresar así– la dimensión humana de la Redención" (*Redemptor Hominis*, 10).

Así se comprende el poder de atracción que tenían los primeros cristianos. De ellos se decía: ¡Mirad cómo se aman! Este amor que sigue al mandato de Cristo –"Os doy un mandamiento nuevo: amaos como yo os he amado" (Jn 15,12)– antes de ser una tarea es un don, como expresa el mismo San Juan: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios nos ha amado a nosotros y ha enviado a su Hijo como expiación de nuestros pecados. Queridos míos, si Dios nos ha amado de este modo, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros" (1 Jn 4,10-11). Enriquecidos con el Amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (Rm 5,5), podemos dar los frutos de la vida cristiana, los que posibilita la acción y guía del Espíritu: "Los frutos del Espíritu son: amor, alegría, paz, generosidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia; contra estas cosas no hay ley. Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias. Si vivimos por el Espíritu, dejémonos conducir por el Espíritu" (Gal 5,22-25).

4. La Iglesia: lugar de vida y libertad

Entendida así la "vida en Cristo", que se hace visible en la comunidad cristiana, podemos con toda certeza afirmar que la Iglesia –por la gracia de la Redención– es el único lugar donde se puede vivir y alcanzar la plenitud humana. La Iglesia de los redimidos, no sólo

no quita el gusto por la vida sino que nos posibilita con la Palabra y los sacramentos alcanzar al que es la Vida. No sólo no anula nuestra libertad sino que la posibilita con la gracia de Cristo y las virtudes que nos permiten gobernar nuestros instintos y pasiones e integrar los sentimientos en la verdadera libertad, que tiene como contenido el amor a Dios y a los hermanos. Como nos enseña San Pablo: "Cristo nos ha liberado para que seamos hombres libres; permaneced firmes y no os dejéis poner de nuevo el yugo de la esclavitud […] Hermanos, vosotros habéis sido llamados a ser hombres libres; pero procurad que la libertad no sea un pretexto para dar rienda suelta a las pasiones, antes bien servíos unos a otros por amor" (Gal 5,1-13).

La cultura dominante, que reduce al hombre a simple individuo, propone una libertad de carácter negativo como la ausencia de cualquier vínculo. Es una libertad que entroniza la soberanía de la voluntad, desconociendo el hecho de que somos un "ser dado", y la independiza incluso de los significados del cuerpo humano. Es una libertad no de hacer sino de hacerse a sí mismo. Este concepto de libertad que proclama la autonomía radical del individuo, choca frontalmente con la experiencia y con la condición de filiación divina que pertenece al núcleo de la fe cristiana. Todos conocemos que hemos recibido la vida como un don: somos engendrados y hemos nacido del amor de otros (de Dios y de nuestros padres). Así lo expresa la palabra procreación. El hecho de la generatividad nos vincula con Dios, con nuestros padres, con la tradición y con la tierra donde nacemos. Estos vínculos dan razón de nuestro ser: venimos del amor y somos seres para la relación, para el amor. La libertad, como dinamismo inteligente, nos hace reconocer estos vínculos y tiene como contenido el amor.

Es verdad que el pecado nos lleva a la experiencia de la división interior de la que se hace eco San Pablo: "No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, y lo que detesto, eso es justamente lo que hago […] Quiero hacer el bien y me encuentro haciendo el mal" (Rm 7,15-21). Es precisamente la herida del pecado la que nos lleva a confundir la libertad con los sentimientos de satisfacción o con lo que

se llama "el gusto por la vida". Pero también la experiencia confirma que sin curar la herida del pecado, sin aprender a jerarquizar el orden de los bienes, la libertad acaba siendo un arma destructiva de la persona. Así lo evidencian los datos estadísticos que confirman el crecimiento de las adicciones a la pornografía, al alcohol, a las drogas, etc. Del mismo modo evidencian el fracaso de una libertad sin verdad los fracasos matrimoniales, las rupturas familiares, la corrupción en todos los órdenes. Podríamos continuar esta lista de fracasos producidos por una libertad negativa que no alcanza su verdadero objetivo: saber gobernar los instintos y las pasiones y orientar toda la vida desde el amor para el don de sí mismo a los demás. Lo contrario es ser esclavo del orgullo, la soberbia, la vanidad, la codicia, la lujuria, la gula, la pereza, etc., por nombrar simplemente los pecados capitales.

También es verdad que sin la gracia, sin la redención del corazón que regala el Espíritu Santo, no se reconoce el carácter positivo de la libertad. Por Cristo somos libres de la ley que indica el bien pero no lo posibilita, libres del pecado que nos esclaviza y libres del temor a la muerte que nos hace vivir como esclavos (Gal 3,13; Hb 2,15). Cristo resucitado, vencedor del pecado y de la muerte, nos concede la gracia para poder hacer el bien, para amar. Liberada nuestra libertad, por la gracia del Espíritu, alcanzamos el carácter positivo de la libertad: querer el bien y poder hacerlo, querer amar y poder amar, querer perdonar y poder perdonar, etc. Éste es el nuevo Génesis, el nuevo nacimiento del Bautismo que nos hace hijos de Dios: "Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Porque no recibisteis un espíritu de esclavitud para recaer de nuevo en el temor, sino que recibisteis el espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar ¡Abba Padre!" (Rm 8,14-15).

5. La lógica del espíritu y la auténtica libertad

La libertad, por tanto, es un dinamismo inteligente que nos posibilita ejercer el bien. Este dinamismo, sanado por la gracia, nos lleva al don de sí, al amor. Con ello entramos en el corazón del

evangelio. Es verdad que los dinamismos espirituales, como es la libertad, no tienen su modelo en el mundo de la materia. Por ejemplo: Si tengo trescientos euros y doy cien, me quedo solo con doscientos. Desde el punto de vista de la cantidad, pierdo. Sin embargo, al dar esos cien euros a alguien que los necesita, aunque *tenga menos* euros, *soy más* como persona, ya que he crecido en el amor. Sólo desde esta consideración se pueden entender las palabras de Jesús: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí la encontrará" (Mt 16,24-25). Sólo podemos entender estas palabras reconociendo por la fe que estar con Cristo es tenerlo todo y por eso no hay miedo a perder la vida por Él, ya que es el modo de alcanzarla en plenitud.

A nuestra cultura individualista y hedonista, le resulta difícil, por su desconocimiento de las leyes del espíritu, reconocer el sentido auténtico de la libertad, cuyo contenido es el amor que sigue a la capacidad de autodeterminarse desde la lógica del don. La libertad sigue al autodominio y es para darse, para vincularse, de tal manera que cuando los vínculos son más fuertes y para siempre crece la libertad desde la lógica de la fidelidad y el don. Es lo que nos ha mostrado Dios –el Ser libre por excelencia– con su amor y su fidelidad. Él es el Dios de la Alianza, sus dones son irrevocables y nos ha amado en Jesucristo entregándose hasta la muerte: "Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que quien crea en él, no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16).

6. Cristo, icono de la libertad

En el icono de la cruz, donde Cristo acude voluntariamente como obediencia al Padre (Mt 26,39), se pone de manifiesto la verdadera libertad que culmina en el don de su vida. Esta libertad es compatible con el sufrimiento porque se trata de llevar adelante el amor por nosotros, que es el verdadero contenido de la libertad. Así comprendemos que lo cristiano es la plenitud de lo humano, ya que ser

persona es ser para la relación, para el don. La cruz de Cristo, en este sentido, expresa el máximo don, el culmen de la libertad: "Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15,13). Como leemos en el mismo evangelio de San Juan, Jesús decía: "Nadie me quita la vida, sino que la doy por mí mismo. Tengo el poder de darla y el poder de recobrarla" (Jn 10,18). Así pues, Cristo, como expresión suprema de la libertad entrega su vida por amor e invita a sus discípulos a hacer lo mismo (Mt 16,24).

Nosotros, tratando de responder a quienes acusan a la Iglesia de no ser habitable, nos podríamos preguntar: ¿Es compatible cargar con la cruz, con la verdadera libertad? ¿Es compatible el sufrimiento con el gusto por la vida y el placer de las cosas? Aunque en parte ya hemos respondido a estas preguntas, es necesario, sin embargo aclarar lo que significa la jerarquía de los bienes y el orden del amor. Sin lugar a dudas la vida cristiana y la Iglesia como hábitat humano son compatibles con el gusto por la vida y el placer de las cosas. No hay más que revisar la vida de Jesús que disfrutaba contemplando la naturaleza (Mt 6,26-34), comiendo con los pecadores (Lc 15,2) o descansando con sus amigos de Betania (Jn 11). Sin embargo, Jesús predica la libertad respecto a la comida, el vestido, el dinero o los bienes de este mundo (Mt 6,19 ss) porque establece una jerarquía de bienes. Siendo los bienes de este mundo legítimos, hay que ordenarlos para que cumplan su fin: Vosotros, dice Jesús a sus discípulos, "buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura" (Mt 6,33).

7. El bien espiritual en la jerarquía de los bienes

En la jerarquía de los bienes el máximo bien es el bien espiritual o el bien del alma, que es el bien específico de la persona: "¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma (o arruina su vida)?" (Mt 16,26). El drama de la libertad, en efecto, se lleva a cabo en la relación con los bienes temporales, con los afectos y en el trato con las personas y con Dios. Aprender a autodeterminarse desde la verdad y el bien es todo el proceso de la educación para vivir en la

libertad de los hijos de Dios. Es la verdad la que nos marca el horizonte de la autodeterminación libre. Como decía Jesús: "La verdad os hará libres" (Jn 8,31). Esta verdad es, a la vez, conocimiento del bien y acontecimiento de salvación que se da por la redención de Cristo. Sin embargo, ambas pasan por el autodominio de la persona que se hace posible por el don de la gracia de la santificación y las virtudes en cuanto permanencia y prontitud en el ejercicio del bien.

Sólo un corazón redimido y una vida virtuosa nos devuelven la paz del corazón, el gusto por la vida y el verdadero placer de las cosas. Una verdadera libertad, autodeterminación y autodominio, aprende a jerarquizar y a ordenar los bienes en vista de la plenitud humana y, por la obra de Cristo, en vistas de la vida eterna entendida como plenitud de gozo por toda la eternidad. De esta manera entendemos la insistencia del Papa Francisco anunciando la alegría: "La alegría del Evangelio, nos dice, llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría" (*Evangelii Gaudium*, 1).

Con estas reflexiones iniciales podemos concluir que, quien se deja encontrar por Jesús, es como aquel hombre de la parábola del evangelio que encuentra un tesoro escondido en un campo. Con alegría, dice la parábola, vende todos sus bienes para adquirir el campo (Mt 13,44-45). El tesoro es el Reino de Dios, su Amor, el único lugar donde se puede vivir hoy, mañana y por toda la eternidad. La Iglesia actualiza la presencia de este Amor que nos ha de conducir al gozo pleno de la gloria, al cielo. Por eso también, la Iglesia es la casa que ha preparado el Señor para que podamos vivir de su Palabra, de su presencia en los sacramentos y del amor de los hermanos reunidos en la comunidad cristiana. Otra visión de la Iglesia, a pesar de nuestros pecados y deficiencias, es una mirada distorsionada o ideologizada, ya que la santidad de la Iglesia está garantizada por la presencia de Cristo y por la acción y guía del Espíritu Santo.

II. ID, PUES, Y HACED DISCÍPULOS (Mt 28,19)

Convencidos de que Jesucristo es "el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6) y de que la Iglesia es la morada de Dios entre los hombres (Ap 21,3), el Cuerpo de Cristo (1 Cor 12,12 ss) y Templo del Espíritu (1 Cor 3,16), se comprende la insistencia de los últimos sucesores de Pedro en la necesidad de la evangelización y en la urgencia de formar el discipulado de Cristo. Se trata, nada menos, que de ser fieles al mandato de Cristo en su despedida de los apóstoles: "Id, pues, y haced discípulos míos a todas las gentes, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolos a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,19-20).

Como nos enseña el Papa San Juan Pablo II en su Carta Encíclica *Redemptoris missio*: "Todos los evangelistas, al narrar el encuentro del Resucitado con los Apóstoles, concluyen con el mandato misional: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes. Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,18-20; cf. Mc 16,15-18; Lc 24,46-49; Jn 20,21-23). Este envío es *envío en el Espíritu,* como aparece claramente en el texto de san Juan: Cristo envía a los suyos al mundo, al igual que el Padre le ha enviado a él y por esto les da el Espíritu. A su vez, Lucas relaciona estrictamente el testimonio que los Apóstoles deberán dar de Cristo con la acción del Espíritu, que les hará capaces de llevar a cabo el mandato recibido" (*Redemptoris missio*, 22).

"Las diversas formas del «mandato misionero» tienen puntos comunes y también acentuaciones características. Dos elementos, sin embargo, se hallan en todas las versiones. Ante todo, la dimensión universal de la tarea confiada a los Apóstoles: «A todas las gentes» (Mt 28,19); «por todo el mundo... a toda la creación» (Mc 16,15); «a todas las naciones» (Hech 1,8). En segundo lugar, la certeza dada por el Señor de que en esa tarea ellos no estarán solos, sino que recibirán la

fuerza y los medios para desarrollar su misión. En esto está la presencia y el poder del Espíritu, y la asistencia de Jesús: «Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos» (Mc 16,20)".

"En cuanto a las diferencias de acentuación en el mandato, Marcos presenta la misión como proclamación o *Kerigma:* «Proclaman la Buena Nueva» (Mc 16,15). Objetivo del evangelista es guiar a sus lectores a repetir la confesión de Pedro: «Tú eres el Cristo» (Mc 8,29) y proclamar, como el Centurión romano delante de Jesús muerto en la cruz: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15,39). En Mateo el acento misional está puesto en la fundación de la Iglesia y en su enseñanza (cf. Mt 28,19-20; 16,18). En él, pues, este mandato pone de relieve que la proclamación del Evangelio debe ser completada por una específica catequesis de orden eclesial y sacramental. En Lucas, la misión se presenta como testimonio (cf. Lc 24,48; Hech 1,8), cuyo objeto ante todo es la resurrección (cf. Hech 1,22). El misionero es invitado a creer en la fuerza transformadora del Evangelio y a anunciar lo que tan bien describe Lucas, a saber, la conversión al amor y a la misericordia de Dios, la experiencia de una liberación total hasta la raíz de todo mal, el pecado".

"Juan es el único que habla explícitamente de «mandato» –palabra que equivale a «misión»– relacionando directamente la misión que Jesús confía a sus discípulos con la que él mismo ha recibido del Padre: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (Jn 20,21). Jesús dice, dirigiéndose al Padre: «Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo» (Jn 17,18). Todo el sentido misionero del Evangelio de Juan está expresado en la «oración sacerdotal»: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado Jesucristo» (Jn 17,3). Fin último de la misión es hacer partícipes de la comunión que existe entre el Padre y el Hijo: los discípulos deben vivir la unidad entre sí, permaneciendo en el Padre y en el Hijo, para que el mundo conozca y crea (cf. Jn 17,21-23). Es éste un significativo texto misionero que nos hace entender que se es misionero ante todo *por lo que se es,* en cuanto Iglesia que vive

profundamente la unidad en el amor, antes de serlo *por lo que se dice* o *se hace*" (*Redemptoris missio*, 23).

1. El Espíritu guía la misión

"La misión de la Iglesia, al igual que la de Jesús, es obra de Dios o, como dice a menudo Lucas, obra del Espíritu. Después de la resurrección y ascensión de Jesús, los Apóstoles viven una profunda experiencia que los transforma: Pentecostés. La venida del Espíritu Santo los convierte en *testigos o profetas* (cf. Hech 1,8; 2,17-18), infundiéndoles una serena audacia que les impulsa a transmitir a los demás su experiencia de Jesús y la esperanza que los anima. El Espíritu les da la capacidad de testimoniar a Jesús con «toda libertad»".

"Cuando los evangelizadores salen de Jerusalén, el Espíritu asume aún más la función de «guía» tanto en la elección de las personas como de los caminos de la misión. Su acción se manifiesta de modo especial en el impulso dado a la misión que de hecho, según palabras de Cristo, se extiende desde Jerusalén a toda Judea y Samaria, hasta los últimos confines de la tierra".

"Los *Hechos* recogen seis síntesis de los «discursos misioneros» dirigidos a los judíos en los comienzos de la Iglesia (cf. Hech 2,22-39; 3,12-26; 4,9-12; 5,29-32; 10,34-43; 13,16-41). Estos discursos–modelo, pronunciados por Pedro y por Pablo, anuncian a Jesús e invitan a la «conversión», es decir, a acoger a Jesús por la fe y a dejarse transformar en él por el Espíritu".

"Pablo y Bernabé se sienten empujados por el Espíritu hacia los paganos (cf. Hech 1346-48), lo cual no sucede sin tensiones y problemas. ¿Cómo deben vivir su fe en Jesús los gentiles convertidos? ¿Están ellos vinculados a las tradiciones judías y a la ley de la circuncisión? En el primer Concilio, que reúne en Jerusalén a miembros de diversas Iglesias alrededor de los Apóstoles, se toma una decisión reconocida como proveniente del Espíritu: para hacerse cristiano no es necesario

que un gentil se someta a la ley judía (cf. Hech 15,5-11.28). Desde aquel momento la Iglesia abre sus puertas y se convierte en la casa donde todos pueden entrar y sentirse a gusto, conservando la propia cultura y las propias tradiciones, siempre que no estén en contraste con el Evangelio" (*Redemptoris missio*, 24).

2. El Espíritu hace misionera a toda la Iglesia

"El Espíritu mueve al grupo de los creyentes a «hacer comunidad», a ser Iglesia. Tras el primer anuncio de Pedro, el día de Pentecostés, y las conversiones que se dieron a continuación, se forma la primera comunidad (cf. Hech 2,42-47; 4,32-35)".

"En efecto, uno de los objetivos centrales de la misión es reunir al pueblo para la escucha del Evangelio, en la comunión fraterna, en la oración y la Eucaristía. Vivir «la comunión fraterna» (koinonía) significa tener «un solo corazón y una sola alma» (Hech 4,32), instaurando una comunión bajo todos los aspectos: humano, espiritual y material. De hecho, la verdadera comunidad cristiana se compromete también a distribuir los bienes terrenos para que no haya indigentes y todos puedan tener acceso a los bienes «según su necesidad» (Hech 2,45; 4,35). Las primeras comunidades, en las que reinaba «la alegría y sencillez de corazón» (Hech 2,46) eran dinámicamente abiertas y misioneras y «gozaban de la simpatía de todo el pueblo» (Hech 2,47). Aun antes de ser acción, la misión es testimonio e irradiación" (*Redemptoris missio*, 26).

3. La primera forma de evangelización es el testimonio

"El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros, cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y los hechos que en las teorías. El testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de la misión: Cristo, de cuya misión somos continuadores, es el «Testigo» por excelencia (Ap 1,5; 3,14) y el modelo del testimonio cristiano. El Espíritu Santo acompaña

el camino de la Iglesia y la asocia al testimonio que él da de Cristo (cf. Jn 15,26-27)".

"La primera forma de testimonio es *la vida misma del misionero, la de la familia cristiana y de la comunidad eclesial,* que hace visible un nuevo modo de comportarse. El misionero que, aun con todos los límites y defectos humanos, vive con sencillez según el modelo de Cristo, es un signo de Dios y de las realidades trascendentales. Pero todos en la Iglesia, esforzándose por imitar al divino Maestro, pueden y deben dar este testimonio, que en muchos casos es el único modo posible de ser misioneros".

"El testimonio evangélico al que el mundo es más sensible es el de la atención a las personas y el de la caridad para con los pobres y los pequeños, con los que sufren. La gratuidad de esta actitud y de estas acciones, que contrastan profundamente con el egoísmo presente en el hombre, hace surgir unas preguntas precisas que orientan hacia Dios y el Evangelio. Incluso el trabajar por la paz, la justicia, los derechos del hombre, la promoción humana, es un testimonio del Evangelio, si es un signo de atención a las personas y está ordenado al desarrollo integral del hombre" (*Redemptoris missio*, 42).

4. El primer anuncio de Cristo Salvador

"El anuncio tiene la prioridad permanente en la misión: la Iglesia no puede substraerse al mandato explícito de Cristo; no puede privar a los hombres de la «Buena Nueva» de que son amados y salvados por Dios. «La evangelización también debe contener siempre –como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo– una clara proclamación de que en Jesucristo, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios». Todas las formas de la actividad misionera están orientadas hacia esta proclamación que revela e introduce el misterio escondido en los siglos y revelado en Cristo (cf. Ef 3,3-9*;* Col 1,25-29), el cual es el centro de la misión y de la vida de la Iglesia, como base de toda la evangelización".

"En la compleja realidad de la misión, el primer anuncio tiene una función central e insustituible, porque introduce «en el misterio del amor de Dios, quien lo llama a iniciar una comunicación personal con él en Cristo» y abre la vía para la conversión. La fe nace del anuncio, y toda comunidad eclesial tiene su origen y vida en la respuesta de cada fiel a este anuncio. Como la economía salvífica está centrada en Cristo, así la actividad misionera tiende a la proclamación de su misterio".

"El anuncio tiene por objeto a Cristo crucificado, muerto y resucitado: en él se realiza la plena y auténtica liberación del mal, del pecado y de la muerte; por él, Dios da la «nueva vida», divina y eterna. Esta es la «Buena Nueva» que cambia al hombre y la historia de la humanidad, y que todos los pueblos tienen el derecho a conocer. Este anuncio se hace en el contexto de la vida del hombre y de los pueblos que lo reciben. Debe hacerse además con una actitud de amor y de estima hacia quien escucha, con un lenguaje concreto y adaptado a las circunstancias. En este anuncio el Espíritu actúa e instaura una comunión entre el misionero y los oyentes, posible en la medida en que uno y otros entran en comunión, por Cristo, con el Padre" (*Redemptoris missio*, 44).

5. Conversión y Bautismo

"El anuncio de la Palabra de Dios tiende a la *conversión cristiana,* es decir, a la adhesión plena y sincera a Cristo y a su Evangelio mediante la fe. La conversión es un don de Dios, obra de la Trinidad; es el Espíritu que abre las puertas de los corazones, a fin de que los hombres puedan creer en el Señor y «confesarlo» (cf. 1 Cor 12,3). De quien se acerca a él por la fe, Jesús dice: «Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae» (Jn 6,44)".

"La conversión se expresa desde el principio con una fe total y radical, que no pone límites ni obstáculos al don de Dios. Al mismo tiempo, sin embargo, determina un proceso dinámico y permanente que dura toda la existencia, exigiendo un esfuerzo continuo por pasar de la vida «según la carne» a la «vida según el Espíritu» (cf. Rom 8,3-13).

La conversión significa aceptar, con decisión personal, la soberanía de Cristo y hacerse discípulos suyos".

"La Iglesia llama a todos a esta conversión, siguiendo el ejemplo de Juan Bautista que preparaba los caminos hacia Cristo, «proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados» (Mc 1,4), y los caminos de Cristo mismo, el cual, «después que Juan fue entregado, marchó... a Galilea y proclamaba la Buena Nueva de Dios: El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; *convertíos* y creed en la Buena Nueva» (Mc 1,14-15)".

"Hoy la llamada a la conversión, que los misioneros dirigen a los no cristianos, se pone en tela de juicio o pasa en silencio. Se ve en ella un acto de «proselitismo»; se dice que basta ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a la propia religión; que basta formar comunidades capaces de trabajar por la justicia, la libertad, la paz, la solidaridad. Pero se olvida que toda persona tiene el derecho a escuchar la «Buena Nueva» de Dios que se revela y se da en Cristo, para realizar en plenitud la propia vocación. La grandeza de este acontecimiento resuena en las palabras de Jesús a la Samaritana: «Si conocieras el don de Dios» y en el deseo inconsciente, pero ardiente de la mujer: «Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed» (Jn 4,10.15)" (*Redemptoris missio*, 46).

"Los Apóstoles, movidos por el Espíritu Santo, invitaban a todos a cambiar de vida, a convertirse y a recibir el bautismo. Inmediatamente después del acontecimiento de Pentecostés, Pedro habla a la multitud de manera persuasiva: «Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás Apóstoles: ¿Qué hemos de hacer, hermanos? Pedro les contestó: *Convertíos* y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hech 2,37-38). Y bautizó aquel día cerca de tres mil personas. Pedro mismo, después de la curación del tullido, habla a la multitud y repite: «*Arrepentíos,* pues, y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados» (Hech 3,19)".

"La conversión a Cristo está relacionada con el bautismo, no sólo por la praxis de la Iglesia, sino por voluntad del mismo Cristo, que envió a hacer discípulos a todas las gentes y a bautizarlas (cf. Mt 28,19); está relacionada también por la exigencia intrínseca de recibir la plenitud de la nueva vida en él: «En verdad, en verdad te digo: –dice Jesús a Nicodemo– el que no nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios» (Jn 3,5). En efecto, el bautismo nos regenera a la vida de los hijos de Dios, nos une a Jesucristo y nos unge en el Espíritu Santo: no es un mero sello de la conversión, como un signo exterior que la demuestra y la certifica, sino que es un sacramento que significa y lleva a cabo este nuevo nacimiento por el Espíritu; instaura vínculos reales e inseparables con la Trinidad; hace miembros del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia" (*Redemptoris missio*, 47).

III. TODO EL PUEBLO DE DIOS ANUNCIA EL EVANGELIO

Como nos recuerda el Papa Francisco: "La evangelización es tarea de la Iglesia. Pero este sujeto de la evangelización es más que una institución orgánica y jerárquica, porque es ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios. Es ciertamente un *misterio* que hunde sus raíces en la Trinidad, pero tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino y evangelizador, lo cual siempre trasciende toda necesaria expresión institucional" (*Evangelii gaudium*, 111).

1. Todos somos discípulos misioneros

"En todos los bautizados, desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora del Espíritu que impulsa a evangelizar. El Pueblo de Dios es santo por esta unción que lo hace *infalible* «*in credendo*». Esto significa que cuando cree no se equivoca, aunque no encuentre palabras para explicar su fe. El Espíritu lo guía en la verdad y lo conduce a la salvación. Como parte de su misterio de amor hacia la humanidad, Dios dota a la totalidad de los fieles de un *instinto de la fe* –el *sensus fidei*– que los ayuda a discernir lo que viene realmente de Dios. La presencia del Espíritu otorga a los cristianos una cierta connaturalidad con las realidades divinas y una sabiduría que les permite captarlas intuitivamente, aunque no tengan el instrumental adecuado para expresarlas con precisión" *(Evangelii gaudium*, 119).

"En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en una llamada dirigida a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con

la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros». Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús salían a proclamarlo gozosos: «¡Hemos encontrado al Mesías!» (Jn 1,41). La samaritana, apenas salió de su diálogo con Jesús, se convirtió en misionera, y muchos samaritanos creyeron en Jesús «por la palabra de la mujer» (Jn 4,39). También san Pablo, a partir de su encuentro con Jesucristo, «enseguida se puso a predicar que Jesús era el Hijo de Dios» (Hech 9,20). ¿A qué esperamos nosotros?" *(Evangelii gaudium*, 120).

"Por supuesto que todos estamos llamados a crecer como evangelizadores. Procuramos al mismo tiempo una mejor formación, una profundización de nuestro amor y un testimonio más claro del Evangelio. En ese sentido, todos tenemos que dejar que los demás nos evangelicen constantemente; pero eso no significa que debamos postergar la misión evangelizadora, sino que encontremos el modo de comunicar a Jesús que corresponda a la situación en que nos hallemos. En cualquier caso, todos somos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él; entonces eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a los otros. Nuestra imperfección no debe ser una excusa; al contrario, la misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo. El testimonio de fe que todo cristiano está llamado a ofrecer implica decir como san Pablo: «No es que lo tenga ya conseguido o que ya sea perfecto, sino que continúo mi carrera [...] y me lanzo a lo que está por delante» (Flp 3,12-13)". (*Evangelii gaudium*, 121).

2. Una evangelización para la profundización del Kerygma

"El envío misionero del Señor incluye la llamada al crecimiento de la fe cuando indica: «enseñándoles a observar todo lo que os he mandado» (Mt 28,20). Así queda claro que el primer anuncio debe provocar también un camino de formación y de maduración. La evangelización también busca el crecimiento, que implica tomarse muy en serio a cada persona y el proyecto que Dios tiene sobre ella. Cada ser humano necesita más y más de Cristo, y la evangelización no debería consentir que alguien se conforme con poco, sino que pueda decir plenamente: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gal 2,20)" (*Evangelii gaudium*, 160).

"No sería correcto interpretar esta llamada al crecimiento exclusiva o prioritariamente como una formación doctrinal. Se trata de «observar» lo que el Señor nos ha indicado, como respuesta a su amor, donde se destaca, junto con todas las virtudes, aquel mandamiento nuevo que es el primero, el más grande, el que mejor nos identifica como discípulos: «Éste es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 15,12). Es evidente que cuando los autores del Nuevo Testamento quieren reducir a una última síntesis, a lo más esencial, el mensaje moral cristiano, nos presentan la exigencia ineludible del amor al prójimo: «Quien ama *al prójimo* ya ha cumplido la ley [...] De modo que amar es cumplir la ley entera» (Rm 13,8.10). Así san Pablo, para quien el precepto del amor no sólo resume la ley sino que constituye su corazón y razón de ser: «Toda la ley alcanza su plenitud en este *solo* precepto: Amarás *a tu prójimo* como a ti mismo» (Gal 5,14). Y presenta a sus comunidades la vida cristiana como un camino de crecimiento en el amor: «Que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos» (1 Ts 3,12). También Santiago exhorta a los cristianos a cumplir «la ley *real* según la Escritura: Amarás *a tu prójimo* como a ti mismo» (2,8), para no fallar en ningún precepto" (*Evangelii gaudium*, 161).

"Por otra parte, este camino de respuesta y de crecimiento está siempre precedido por el don, porque lo antecede aquel otro

pedido del Señor: «bautizándolos en el nombre…» (Mt 28,19). La filiación que el Padre regala gratuitamente y la iniciativa del don de su gracia (cf. Ef 2,8-9; 1 Co 4,7) son la condición de posibilidad de esta santificación constante que agrada a Dios y le da gloria. Se trata de dejarse transformar en Cristo por una progresiva vida «según el Espíritu» (Rm 8,5)" (*Evangelii gaudium*, 162).

3. Una catequesis kerygmática y mistagógica

"La educación y la catequesis están al servicio de este crecimiento. Ya contamos con varios textos magisteriales y subsidios sobre la catequesis ofrecidos por la Santa Sede y por diversos episcopados. Recuerdo la Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* (1979), el *Directorio general para la catequesis* (1997) y otros documentos cuyo contenido actual no es necesario repetir aquí. Quisiera detenerme sólo en algunas consideraciones que me parece conveniente destacar" (*Evangelii gaudium*, 163).

"Hemos redescubierto que también en la catequesis tiene un rol fundamental el primer anuncio o «*kerygma*», que debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial. El *kerygma* es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre. En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte». Cuando a este primer anuncio se le llama «primero», eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio *principal*, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos. Por ello, también «el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado»" (*Evangelii gaudium*, 164).

"No hay que pensar que en la catequesis el *kerygma* es abandonado en pos de una formación supuestamente más «sólida». Nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio. Toda formación cristiana es ante todo la profundización del *kerygma* que se va haciendo carne cada vez más y mejor, que nunca deja de iluminar la tarea catequística, y que permite comprender adecuadamente el sentido de cualquier tema que se desarrolle en la catequesis. Es el anuncio que responde al anhelo de infinito que hay en todo corazón humano. La centralidad del *kerygma* demanda ciertas características del anuncio que hoy son necesarias en todas partes: que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa que no reduzca la predicación a unas pocas doctrinas a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige al evangelizador ciertas actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena" (*Evangelii gaudium*, 165).

"Otra característica de la catequesis, que se ha desarrollado en las últimas décadas, es la de una iniciación *mistagógica*, que significa básicamente dos cosas: la necesaria progresividad de la experiencia formativa donde interviene toda la comunidad y una renovada valoración de los signos litúrgicos de la iniciación cristiana. Muchos manuales y planificaciones todavía no se han dejado interpelar por la necesidad de una renovación mistagógica, que podría tomar formas muy diversas de acuerdo con el discernimiento de cada comunidad educativa. El encuentro catequístico es un anuncio de la Palabra y está centrado en ella, pero siempre necesita una adecuada ambientación y una atractiva motivación, el uso de símbolos elocuentes, su inserción en un amplio proceso de crecimiento y la integración de todas las dimensiones de la persona en un camino comunitario de escucha y de respuesta" (*Evangelii gaudium,* 166).

"Es bueno que toda catequesis preste una especial atención al «camino de la belleza» (*via pulchritudinis*). Anunciar a Cristo significa

mostrar que creer en Él y seguirlo no es sólo algo verdadero y justo, sino también bello, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo, aun en medio de las pruebas. En esta línea, todas las expresiones de verdadera belleza pueden ser reconocidas como un sendero que ayuda a encontrarse con el Señor Jesús. No se trata de fomentar un relativismo estético, que pueda oscurecer el lazo inseparable entre verdad, bondad y belleza, sino de recuperar la estima de la belleza para poder llegar al corazón humano y hacer resplandecer en él la verdad y la bondad del Resucitado. Si, como dice san Agustín, nosotros no amamos sino lo que es bello, el Hijo hecho hombre, revelación de la infinita belleza, es sumamente amable, y nos atrae hacia sí con lazos de amor. Entonces se vuelve necesario que la formación en la *via pulchritudinis* esté inserta en la transmisión de la fe. Es deseable que cada Iglesia particular aliente el uso de las artes en su tarea evangelizadora, en continuidad con la riqueza del pasado, pero también en la vastedad de sus múltiples expresiones actuales, en orden a transmitir la fe en un nuevo «lenguaje parabólico». Hay que atreverse a encontrar los nuevos signos, los nuevos símbolos, una nueva carne para la transmisión de la Palabra, las formas diversas de belleza que se valoran en diferentes ámbitos culturales, e incluso aquellos modos no convencionales de belleza, que pueden ser poco significativos para los evangelizadores, pero que se han vuelto particularmente atractivos para otros" (*Evangelii gaudium*, 167).

"En lo que se refiere a la propuesta moral de la catequesis, que invita a crecer en fidelidad al estilo de vida del Evangelio, conviene manifestar siempre el bien deseable, la propuesta de vida, de madurez, de realización, de fecundidad, bajo cuya luz puede comprenderse nuestra denuncia de los males que pueden oscurecerla" (*Evangelii gaudium*, 168).

IV. PARA AFRONTAR EL NUEVO CURSO PASTORAL

Desde hace varias décadas todos hemos podido comprobar el declive de la transmisión de la fe en el seno de las familias cristianas y la dificultad de los procesos catequéticos en la gestación de nuevos cristianos. Al mismo tiempo, como hemos repetido en varias ocasiones, constatamos la debilidad de la pastoral ordinaria de la Iglesia para alcanzar el corazón del hombre y generar auténticas comunidades cristianas de discípulos misioneros.

Conociendo, pues, el contexto actual de descristianización, presentadas en síntesis las propuestas de evangelización de los últimos sucesores de Pedro, conviene de nuevo preguntarnos: ¿Qué hemos de hacer? ¿Por dónde empezar?

Una primera tentación a evitar es lanzarnos a responder estas preguntas de manera precipitada con un planteamiento de nuevos objetivos y actividades. Este camino ya se ha comprobado que no conduce a alcanzar satisfactoriamente la meta perseguida: nuevos cristianos y auténticas comunidades cristianas.

Yo os propongo que escuchemos otra vez la repuesta de san Pedro ante la pregunta de quienes recibieron sus palabras anunciando el Kerygma: "Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: Hermanos, ¿qué hemos de hacer? Pedro les dijo: convertíos y bautizaos en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo para el perdón de los pecados y recibiréis el don el Espíritu Santo" (Hech 2,37-38). Hoy, como entonces, todo camino de renovación en la Iglesia comienza suplicando la gracia de la conversión y la asistencia del Espíritu Santo.

El Papa Francisco, como hemos recordado en otras ocasiones, nos invita a avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera (*Evangelii gaudium*, 25-33). Esta conversión, queridos sacerdotes, religiosos y fieles laicos, comienza en el corazón de cada uno de

nosotros. Hemos de ser conscientes, a la vez, de la primacía de la gracia. Por eso, hemos de suplicar a Dios nuestro Padre un corazón dócil para escuchar y para entrar en los caminos de la penitencia y la conversión personal y comunitaria. Por lo demás, no nos equivoquemos. Como nos recordaba el Papa San Juan Pablo II en su Carta Apostólica *Novo millenio ineunte*: "No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste" (*Novo millenio ineunte*, 29).

Convencidos, pues, de la primacía de la gracia, de la necesidad de la conversión personal y pastoral, sabiendo además que el programa está centrado en Cristo, hemos de buscar las alianzas necesarias para la gestación de nuevos cristianos y de auténticas comunidades cristianas. Si seguimos los caminos siempre seguros de la Tradición, como hemos podido verificar, más allá del primer anuncio de Cristo (Kerygma), la transmisión de la fe necesita una renovación en profundidad de la Catequesis y el soporte de la familia cristiana y de la comunidad cristiana.

Para ello queremos contar con algunas iniciativas que nos pueden ayudar en el camino de la evangelización:

1. La iniciación cristiana

En primer lugar, el trabajo de los sacerdotes y de quienes puedan sumarse en las parroquias estará muy centrado en el estudio del documento "*Fundamentos teológicos y pastorales de la Iniciación cristiana*". Es necesario comenzar bien. Para ello se ofrece un tiempo prolongado para profundizar en lo que ha sido y tiene que ser la Iniciación cristiana fundamentada en los tres sacramentos: Bautismo - Confirmación - Eucaristía, y enriquecida con el Catecumenado, la liturgia y la práctica de la caridad de la comunidad cristiana. Este

estudio se confía a los sacerdotes, a los arciprestazgos y a los grupos de catequistas que quieran participar.

Como conclusión de este trabajo se ofrecerán las directrices pastorales para la Iniciación cristiana en la Diócesis de Alcalá de Henares.

2. La Pastoral familiar

En segundo lugar, y como alianza necesaria, hemos de continuar en la promoción de los distintos aspectos de la Pastoral Familiar. Para esta tarea os he preparado dos documentos: "*Los retos de la Pastoral Familiar en el contexto actual*" y la conferencia "*Edificar la Iglesia doméstica. Prácticas familiares para habitar en la Iglesia*". También en este campo hemos de ser conscientes de que necesitamos una conversión pastoral y la alianza con los laicos, miembros de familias cristianas. También en este tema hemos de comenzar con la oración, convocando a la oración de las familias de forma comunitaria y ofreciendo caminos para la oración de cada una de las familias. Para este curso se va a ofrecer un horario más asequible para la oración comunitaria de familias, el segundo domingo de cada mes por la tarde. Es necesario, queridos hermanos sacerdotes, que nos contagiemos unos a otros en el deseo y en la práctica de acompañar a las familias de manera que podamos conseguir en cada parroquia grupos de familias que se reúnan para orar y para formarse.

Los detalles de cada una de las tareas de la Pastoral Familiar (educación para el amor, preparación al matrimonio, escuela de novios, escuela de padres, medios de formación, Centros de Orientación Familiar, etc.) están expuestos en los documentos mencionados.

Para que conozcamos rigurosamente el contexto cultural en el que se desenvuelven nuestras familias os propongo también el estudio del libro de la socióloga alemana Gabriele Kuby, "*La revolución sexual global. La destrucción de la libertad en nombre de la libertad*". Se trata de un estudio lúcido de alguien que, tras pertenecer a la revuelta

estudiantil de 1968, tras haber militado en el feminismo radical, tras haber sufrido el abandono de su marido que la dejó con tres hijos, ha alcanzado la gracia de la conversión y es una gran voz de alarma sobre la ideología de género y sus derivaciones y consecuencias. Conocer este libro nos ayudará a penetrar en la situación cultural y política que estamos sufriendo.

3. Pastoral de infancia y juventud

En tercer lugar debemos centrar también nuestra atención en el mundo de la infancia, adolescencia y juventud. En este sentido hemos de ser conscientes de que nuestros niños y adolescentes son víctimas de un sistema educativo que los somete a los imperativos de la ideología de género, al relativismo y al impacto del emotivismo cultural que les hace difícil conocer y vivir las virtudes con las que gobernar su vida. Por otra parte, en España, desde los años sesenta del siglo pasado se fue introduciendo otra tendencia cultural que promueve la existencia separada del mundo juvenil. De hecho los jóvenes han sido desvinculados de las tradiciones de nuestro pueblo y han sido apartados de los adultos con una creación artificial de lógicas propias y organización particular de su tiempo y de su ocio, siendo objeto de mercantilización y promoviendo para ellos una adolescencia interminable.

Todo ello constituye un reto formidable para la evangelización. Es verdad que nuestra pastoral juvenil y de infancia, dentro de sus posibilidades, ha sido firme en sus propuestas, logrando un grupo de jóvenes centrados en lo fundamental de la fe y vida cristiana. Esto es objeto de gratitud y, a la vez, debe servir de plataforma para explorar otros caminos que favorezcan el acercamiento a otros jóvenes y el refuerzo de toda la dimensión formativa de nuestro trabajo. A ello nos impulsa el nuevo Sínodo de los obispos sobre "*Los jóvenes, la fe y discernimiento vocacional*". Para profundizar en este tema necesitamos la colaboración de distintas delegaciones: Delegación de infancia y juventud; Delegación de enseñanza y pastoral educativa; Delegación

de pastoral universitaria y las Delegaciones de catequesis y pastoral vocacional. En cualquier caso éste es un campo que tendremos que analizar con los documentos sinodales y con la exhortación postsinodal.

También para afrontar los itinerarios que favorezcan nuestra pastoral con los jóvenes nos necesitamos todos: padres de familia, sacerdotes, religiosos, educadores y los mismos jóvenes que nos han de ayudar a conocer sus necesidades y a renovar nuestras propuestas.

Con la atención a estos tres núcleos (iniciación cristiana, pastoral familiar y pastoral de infancia y juventud) entramos en los desafíos más importantes para la gestación y formación de nuevos cristianos. La base para que esto sea posible es la revitalización de la comunidad cristiana que se gesta en la escucha de la Palabra de Dios, la celebración de la Eucaristía y demás sacramentos, la oración y la comunión entre los hermanos. A este objetivo hemos de dedicar toda nuestra solicitud pastoral.

V. UNA RESPUESTA INTEGRAL

En estos momentos de debilitamiento de la vida cristiana es muy fácil que se hagan presentes algunas tentaciones. Algunos piensan que es tanto el deterioro que ha sufrido la Iglesia Católica, tanto en el campo civil como intraeclesial, que se hace necesario un movimiento de repliegue sobre sí misma. Dejando aparte los extremos del integrismo y del fundamentalismo, quisiera llamar la atención sobre los movimientos comunitaristas que han ido surgiendo sobre todo después de la llamada que hizo en su momento Alasdair MacIntyre en su libro *After virtue.*

En algunas ocasiones me habéis oído decir que no podemos dedicarnos a gestionar la decadencia. En otros momentos os he referido que hemos de distinguir como dos ritmos en la pastoral de la Iglesia: la vida ordinaria y la promoción creativa de pequeñas comunidades que sepan acoger a los alejados y a los que vienen heridos. También he propuesto hacer de las parroquias y de los movimientos pequeños oasis que, siguiendo el espíritu de San Benito, generen una red de vida cristiana que vaya ganando terreno al desierto cultural en el que vivimos. Siguiendo estas consideraciones, celebramos el curso pasado el Congreso que llevaba por título *La familia y la escuela, minorías creativas para la renovación de la sociedad*, con lo que estudiábamos una propuesta que tiene origen en Benedicto XVI.

Todas estas consideraciones necesitan ser bien entendidas. Una cosa es el comunitarismo como camino para crecer en identidad y otra es pensar que con ello se alcanza una respuesta integral a las necesidades de las familias y de la sociedad. Una cosa es hablar de minorías creativas referidas a los creyentes o a ciertas instituciones y otra cosa sería hablar de la Iglesia como minoría creativa, lo cual disminuiría su nota de catolicidad y universalidad. Cuando hablamos de oasis como pequeños monasterios en la ciudad o de pequeñas comunidades cristianas que coordinando a las familias cristianas y a las escuelas católicas, se constituyen en minorías creativas, hay que subrayar no sólo la dimensión de minoría sino su carácter creativo.

Los católicos, aunque en un momento seamos minoría, tenemos, con la vocación misionera que sigue al mandato de Jesús, vocación de mayoría. Por tanto, la dimensión creativa nos ha de impulsar a no encerrarnos en nosotros mismos, a no retirarnos a los cuarteles de invierno, sino a buscar el desarrollo de todas las dimensiones de la catolicidad. En este sentido las pequeñas comunidades cristianas, con la familia y la escuela católica, cumplen la misión de gestar y de formar nuevos cristianos con una clara identidad y conscientes de su vocación.

Sin embargo, nuestros hermanos laicos deben ser conscientes de que su campo, desde la primera plataforma que es la familia, es el mundo o las realidades temporales. Como la levadura en la masa (Mt 13,33), los católicos laicos están llamados a cultivar las relaciones sociales, a ordenar las realidades temporales y a ejercer vocacionalmente en la política. Hemos de tomar conciencia de que sin un orden social sano que favorezca la práctica de la virtud y sin leyes justas promovidas por políticos que tengan por objetivo el "bien común", los católicos están obligados a vivir a la intemperie sin las apoyaturas legítimas que se esperan de la sociedad y del ejercicio de la política. Por eso, más allá de la dimensión comunitaria, necesitamos una respuesta integral que, derivada de la evangelización, abarque todos los aspectos de la vida personal, familiar, de relaciones sociales e institucionales y de organización económica, social y política.

Son algunos, especialmente en Estados Unidos, quienes han favorecido la *Benedict option* ("Opción Benito"). Esta opción, propone como referente a San Benito, quien, ante la caída del Imperio romano, tomó la decisión de vivir como ermitaño y después fundar el monacato que contribuyó decisivamente a la evangelización de Europa. Del mismo modo, como explica su principal difusor, Rod Dreher, lo que importa en este momento no es tanto sostener el sistema (el imperio), sino la construcción de formas locales de comunidad dentro de las cuales la civilización cristiana, el pensamiento y la vida moral puedan ser sostenidos en el contexto de una nueva edad oscura que ya está entre nosotros.

Esta propuesta presentada por Rod Dreher en su libro *The Benedict option. A strategy for christians in a postchristian nation*, está siendo sostenida por grupos católicos, ortodoxos y evangélicos, los cuales ha producido un debate en el que son objeto de duras críticas. El tema no se resuelve a mi entender más que evitando los reduccionismos y las alternativas excluyentes. El insistir en reforzar la identidad de las comunidades cristianas no significa renunciar a la batalla cultural y a la lucha política. Nuestra época, en la que se ha desdibujado la cultura cristiana y en la que llevamos tiempo siendo gobernados por los bárbaros –según el decir de Alasdair MacIntyre– reclama la presencia de católicos que, como San Benito, cumplan las palabras de Jesús: "Sobre todo buscad el Reino de Dios y sus justicia; lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6,33). El Reino de Dios y su justicia, como lo ha entendido la Iglesia tradicionalmente, alcanza al hombre en todas sus dimensiones (personal, individual, familiar, social y política). Renunciar a cualquiera de estas dimensiones no corresponde a la cosmovisión católica, que es siempre "según el todo" y con vocación universal.

De la *Benedict option* podemos retener la necesidad de dar un rostro comunitario a nuestras parroquias y movimientos. A la vez hemos de cultivar la promoción del laicado para hacer presente la síntesis cristiana en cualquier campo de la vida. Hoy donde somos más seriamente golpeados es en la revolución antropológica que está llevando a la deconstrucción de la persona, al pensamiento único y a una forma ideológica y totalitaria de gobierno en nombre de la democracia. Los más vulnerables de este sistema son los niños, adolescentes y jóvenes a quienes les está faltando la referencia de una familia estable y la posibilidad de una educación no ideologizada. Por eso insistimos en la importancia de subrayar los tres niveles enunciados anteriormente: la iniciación cristiana, la pastoral familiar y la atención a los jóvenes. Lo demás corresponde a la vida ordinaria de la Iglesia, renovando las comunidades cristianas y promoviendo la presencia de los católicos en la vida pública.

VI. CONCLUSIÓN

Comenzaremos el curso, Dios mediante, con la celebración de un congreso en el mes de octubre sobre la figura egregia del Siervo de Dios el Cardenal Cisneros. En este congreso se mostrarán algunos aspectos, que por su importancia y actualidad nos pueden iluminar en este momento: su afán reformador de la vida religiosa, la formación del clero, su espíritu evangelizador y su visión del gobierno de la Iglesia y del Estado. Culminaremos las celebraciones del quinto centenario de su muerte colocando un grupo escultórico en bronce en la que está representado con los Santos Niños llevando en sus manos la Biblia Políglota y la Catedral Magistral.

A lo largo del año estaremos pendientes del Sínodo de los obispos sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. Del mismo modo tendremos la ocasión para profundizar en las dos encíclicas que han marcado el camino de la Iglesia en los últimos años: la Encíclica de Pablo VI *Humanae vitae* (1968) y la Encíclica del Papa San Juan Pablo II *Veritatis splendor* (1981).

La celebración en el mes de marzo de los cuatrocientos cincuenta años de la reversión de las reliquias será otra ocasión para resaltar la tradición y nuestro amor a los Santos Niños. Que la Virgen nuestra Madre, interceda por nosotros y nos regale un corazón dócil como el suyo.

✠ Juan Antonio Reig Pla,
Obispo Complutense

Septiembre de 2017

MONSTRA TE ESSE MATREM